

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 252 Valencia, 11 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

El Verdugo y los Libros

En esta crisis de valores y principios que zarandea locamente al mundo, y, en particular, a nuestra patria, no podía faltar, claro está, la aparición ostentosa del verdugo en la plaza pública. Y no ya para atormentar a los hombres y ajusticiarlos, que eso no reviste novedad alguna, sino para encomendarle sabiduría y previsora-mente hacer higiénico escrutinio (no tan ingenuo y manso como el que se hizo en casa de Don Quijote), de las bibliotecas públicas y privadas, y de los fondos de editores y libreros, y prender luego la hoguera, arrojando a ella por su mano los libros que él —el buen verdugo letrado— y sus doctos asesores consideran como portadores de gérmenes nefandos. Se engrandece de este modo, y eso vamos ganando, la figura del verdugo —«...cet être inexplicable...», dice De Maistre—, pues ya no se trata de aniquilar bajamente —hacha, guillotina, horca o garrote— a delincuentes vulgares o monstruosos, sino de ahogar espíritus, cuanto más altos mejor, y los productos y formas que molesten por su anchurosidad de la cultura multisecular y refinada.

Remedando cierta frase de un famoso político francés, muy repetida por nuestros viejos radicales, podríamos decir al verdugo: El libro... he ahí el enemigo. ¿Qué haces que ya no vas a él, como la garrucha a la gallina, el setter a la perdiz, el galgo a la liebre, el hurón al conejo o el gerifalte a las pobres ave-citas de los cielos? ¿Qué haces, amigo verdugo, que no te apresuras? ¿O es que desdeñas la presa? Tal vez. Porque el verdugo no es un ser cualquiera, que si lo fuera, ejercería otra profesión, si no más cómoda, que eso es imposible, al menos, menos cruenta... para los otros y más tranquila y sin sobresaltos. Porque en esta vida todo es cuestión de hábito —yo siempre he creído, en contra de lo que dice el refrán, que el hábito hace al monje, es más: es el monje mismo, porque, sin hábito, no hay monje posible—; todo es, pues, en esta vida, hábito y costumbre, y por eso, la mayor originalidad que encuentro yo al verdugo, es que en su vida, por dilatada que fuere, no puede contraer y arraigar en sí mismo el hábito de matar a conciencia y fría-mente, como se ejercen casi todas las profesiones un poco delicadas. La singularidad, pues, del verdugo, es como la del poeta o del artista, y aún más que la de éstos: nace y no se hace, porque la verdad es, lo repito, que no tiene tiempo de hacerse. Un poeta, un artista, nacen, indudablemente, pero, además, tienen, por fuerza, que hacerse, porque el arte es largo y la vida corta, lo que quiere decir que el arte tiene una técnica que ocupa toda una vida y aún más.

¿Y cuál es la técnica del verdugo? Hasta ahora, aunque la profesión se inauguró con el hermano Caín, y yo sospecho que aún antes, no ha llegado a mis manos ningún libro que la explique; y, como yo soy hombre visual, quiero decir, libresco, nada sé de ella, porque no he visto ningún libro que me la pueda enseñar. Como yo creo que todo en este mundo tiene su técnica —el hombre es un animal que inventa técnicas, según un eminente antropólogo—, seguramente existe también la técnica del verdugo, pero, indudablemente, se trata de una técnica que no se transmite por escrito, sino oralmente, como la poesía épica primitiva. Sentado esto, podemos decir también que la técnica y ciencia del verdugo se da, probablemente, a los hombres a manera de ilumina-

ción de gracia; es como una revelación que, sin más pruebas ni ejercicios, la reciben ciertos hombres elegidos entre los millones y millones que nacen cada año, con lo cual queda armado caballero al punto de nacer, es decir, verdugo, sin previa velación de armas, sin noviciado, iniciación ni aprendizaje. Es la suya, pues, ciencia entera y cabalmente esotérica. Sólo Natura misteriosamente la transmite a quien se le antoja.

El rito ya es otra cosa. El rito del verdugo a veces está en las leyes y en los tratados de Derecho. El verdugo, según esos ritos, indudablemente más distinguido, es el que viste frac y calza guante blanco. Esto es, seguramente, un verdugo dandy, maestro en cortesías, que trata a su víctima como a pareja de rigodón, y que sabe disertar caudalosamente sobre los inconvenientes y ventajas de los distintos modos de ejecución. Siempre se inclina él, como cierto rey, por el ajusticiamiento sin efusión de sangre. Como es un voluptuoso, una especie de divino Marqués de Sade —sólo así se comprende la existencia de un hombre tan singular—, suele preferir a todos los modos de ajusticiamiento aquél que consiste en armar una horca muy alta, con su cuerda corrediza, y lanzarse él como acróbata en trapecio, de frac y guante blanco, desde una altura casi vertiginosa, agarrado, como la vid al olmo, al cuerpo palpitante y convulsivo del reo. Tal es el placer que de gracia recibe el verdugo de gran estilo.

Nadie pondrá ahora en duda de que al verdugo clásico no le agrada del todo el ser brazo de la justicia con los libros. Porque eso es degradar el oficio, quitarle grandeza, quitarle gracia, voluptuosidad y emoción. Sin emoción recóndita, entrañable, no puede haber verdugo, del mismo modo que no puede haber toreros ni taurófilos. Pero yo creo, y si tuviese algún amigo verdugo de gran estilo trataría de convencerle de que está en ese punto equivocado; yo creo, digo, que, sin duda porque en los últimos tiempos la ejecución de libros ha sido muchísimo más rara que la de hombres delincuentes, el verdugo ha perdido toda noción de lo que esto significa, pues si no no había de menospreciar el deleite, la embriaguez voluptuosa, no hay Venus terrenal que la dé tan intensa, que en algunos espíritus selectos produce ver desgarrar y arder el libro de que abominan. En otro tiempo, cuando funcionaban en España con plenitud y magnificencia los Autos de Fe de la Santa, el verdugo no sabía distinguir entre libro herético ni persona, lo mismo que el pueblo, y su facultad de gozar de la manera más rara y singular le traía casi el mismo placer cuando ardían los libros o los herejes. Hoy ya no puede ser esto. El verdugo se ha embastecido y ya no acierta a paladear las mieles de una buena hoguera libresca.

Hay, pues, que recurrir al verdugo intelectual, y, claro está, éste quemará sin compasión, preferentemente, todos los libros de los colegas que le hagan sombra. Un verdugo objetivo, sin pasiones intelectuales, como es el verdugo clásico, ese sería el mejor. Habrá, pues, que estudiar seriamente los modos de enseñar la técnica o técnicas del verdugo, en cuanto al libro, y para ello lo mejor sería establecer una escuela especial. En ella, y para edificación de los alumnos, podría leerse y explicarse ampliamente este parrafito del famoso Obispo de Mondoñedo, que está en la dedica-

“MI INTENCIÓN NO ERA DECIR NADA QUE DISGUSTARA A LAS AUTORIDADES”

La Duquesa de Atholl causa emoción en Viena

VIENA. — La Duquesa de Atholl, en un discurso que pronunció anoche en Viena, dió una gran sorpresa al auditorio, compuesto de personalidades austriacas.

Habló en alemán a la sección local de la Unión Universal por la Paz, y, con respecto a la guerra civil de España, dijo cosas que se había prohibido rigurosamente revelar a la Prensa austriaca.

Declaró, en efecto:

Que Italia y Alemania prestaron ayuda a Franco dos meses y medio antes de que los rusos enviasen tanques y aviones al Gobierno de Valencia.

Que por propia experiencia, sabe que muchas de las atrocidades propaladas respecto al mal trato dado a monjas y sacerdotes por el Gobierno eran falsas o exageradas, y que era inexacto que el levantamiento de Francia fuese necesario para evitar una revolución comunista.

El auditorio se miraba sorprendido de que una duquesa británica, diputado conservador, se mostrase simpatizante con el Gobierno de Valencia. Entre los asistentes se hallaba el doctor Huber, en representación del Canciller, doctor Schuschnigg, y el vicepresidente del Concejo doctor Waldsam.

El “Reichspost”, órgano del catolicismo romano extremista, da cuenta del discurso, diciendo que produjo “dolorosa sorpresa”, y añade:

La Duquesa de Atholl me dijo hoy: “No tenía idea de que lo que dije hubiera sido callado por los periódicos de Austria. Mi intención no era decir nada que disgustara a las autoridades.

“Observé el silencio con que escuchaba el auditorio, pero el aplauso al terminar, fué tan prolongado que tuve que levantarme dos veces a saludar. Nunca tuve un recibimiento parecido.”

(«Daily Express», 6-X-937.)

El índice fascista

No se ha explicado bastante bajo qué régimen de esclavitud tiene actualmente a Grecia el gobierno hitleriano del general Metaxas. Este dictador no se sostiene más que por la persecución de todo lo que huele a democracia. Lo cual viene a comprobar que el fascismo es igual en todas partes. Después de haber sido quemados los libros en Alemania, los destruye fuera.

Sea cual fuere la etiqueta que ostente un régimen, querer tener los espíritus atados es querer mantenerlos en la ignorancia. Todo gobierno que organiza la uniformidad de pensamiento en la juventud, se encamina necesariamente a suprimir de la educación todo conocimiento completo del pasado que pudiera despertar el espíritu crítico. Algunos ejemplos, precisamente porque su grosería llega hasta el ridículo, demuestran mejor que nada esta mutilación de la cultura.

No me perdonaría el no reproducir aquí una circular dirigida por el Inspector general de Instrucción Pública en Epiro a los profesores de los Institutos y a los directores de las escuelas de su distrito: Hela aquí, tal cual es:

Janina, 26-2-37.

Circular núm. 234.

A los Srs. Directores de las escuelas del 12.º distrito de Enseñanza

Considerando que la enseñanza de ciertas materias ofrece contradicciones que no conviene exponer a los alumnos demasía-

(Continúa en la página siguiente)

toria de Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea.

«El rey Filipo —dice— y el rey Demetrio, nunca ellos enseñorearon a los reinos de Grecia si primero no alanzaran della a los filósofos que la gobernaban y con sus buenos consejos la deffendían; que, como decía Catón censorino, no se pierden las repúblicas por mengua de capitanes, sino por falta de consejos.»

De este modo, el verdugo volvería a sentir el natural deliquio que siente ejerciendo su noble oficio, cuando le encomienden la ejecución de libros y bibliotecas, pues así sabrá a qué atenerse, y comprenderá, enorgulleciéndose de ella, su alta y sagrada, su sacerdotal misión social.

JUAN DE LA ENCINA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)

Se autori-
za la re-
produc-
ción de
cuanto se
publica en
este BO-
LETIN

El índice fascista

(Continuación)

do jóvenes porque pueden dar lugar por parte de los profesores a enojosas equivocaciones en perjuicio del fin perseguido por la enseñanza, ordenamos lo que sigue:

a) En el curso de ciencias naturales, no exponer ni la teoría de Darwin ni la historia de la aparición del hombre sobre la tierra hacia el fin de la Edad terciaria. No es que nosotros queramos limitar el conocimiento científico, ni que las deducciones de la ciencia puedan quebrantar la vida religiosa, puesto que según la frase de Bacon: «Un poco de ciencia aleja de la religión, mucha ciencia la lleva a ella»; una contradicción que no es más que aparente entre la ciencia y la fe, puede ser interpretada como fundamental para los niños cuyo espíritu está en vías de formación y aminorar en ellos tanto el prestigio de la ciencia como el de la religión.

b) En el curso de griego antiguo en sexto año (clase superior que corresponde al primero en Francia) suprimir la oración fúnebre pronunciada por Pericles, la cual se substituirá por algún diálogo de Platon, pues las ideas democráticas verdaderamente sublimes contenidas en aquélla pueden ser interpretadas equivocadamente por los alumnos como una censura indirecta de la fuerza política del Gobierno y de las tendencias generales del Estado actual. Decimos «equivocadamente» porque en realidad el Gobierno Nacional logra el verdadero triunfo de los ideales democráticos de una libertad concebida prevaleciendo sobre todas las inclinaciones demagógicas y sobre todo germen de descomposición.

Pero siendo el adolescente incapaz de una abstracción superior así como de realizar la investigación de la verdad, y fácilmente propenso a fundar sus convicciones únicamente sobre el sentimiento, conviene que el estudio de las bellas páginas de Tucídides sea retardado en algunos años, hasta que la juventud griega, más hecha, oiga a los profesores de la Universidad analizar la belleza de los textos antiguos.

De otro modo estas ideas corren el riesgo de tener por resultado el efecto discordante y disolvente que tuvieron en tiempos de la guerra del Peloponeso, cuando ante los veleidosos atenien- ses habló el gran Pericles, el cual, bajo el más admirable ropaje presentaba las bellas conquistas democráticas a la plebe desprovista de un cerebro suficientemente sólido. Ello contribuyó a dar a los atenien- ses una confianza desmedida en su potencia, de suerte que destruyeron, con su orgullo anárquico, la obra admirable que en tiempos mejores las mismas ideas democráticas habían creado.

Al comprometerlos a seguir puntualmente las órdenes arriba expresadas os rogamos que creáis, señores y queridos colegas, que nuestras objeciones se deben mucho menos a un espíritu de reacción que a la persecución del interés de los alumnos y del más extendido y más alejado de la Patria.

La Inspección general de la 12 circunscripción
D. PAPOULIAS

Así con ciencias y letras; no se libra nada. La censura se extiende a la antigüedad, que prepara la civilización moderna.

Naturalmente, a la castración de la inteligencia se añade la hipocresía. El autor de esta circular monumental finge no temer más que a los demasiado jóvenes como si el espíritu que a los 17 y 18 años no está formado para discernir pueda estarlo después.

Darwin, en el índice. Tucídides, víctima una vez más del ostracismo después de 2.400 años. He aquí lo que ofrece el mus- solinismo y el hitlerismo a las futuras generaciones de Grecia.
(Bracke.—27-IX-37.—«Le Populaire».)

EL CINISMO EN ACCION

Un discurso del führer

“Alemania es una isla de paz”

BERLIN, 5. — Hitler pronunció anoche en la Deutschland Hall un discurso con motivo de la apertura de la campaña del socorro de invierno nacionalsocialista.

El orador declaró que el socorro de invierno es la expresión de un ideal, un ejercicio por la comunidad nacional y, además, cristianismo y socialismo en acción. Añadió:

«Vivimos en tiempos agitados. El mundo que nos rodea es turbulento. A los que nos critican en el extranjero no les gusta que yo lo recuerde, pero ¿por qué no he de recordarlo si es así? En torno a nosotros no hay sino tormentas.

Sólo Alemania es una excepción, y, con nosotros, otro país, con el cual marchamos unidos. Alemania es una isla de paz.»
(«L'Oeuvre», 6-X-937.)

Los católicos demócratas van a celebrar una conferencia

El presidente del Gobierno Vasco, don José Antonio Aguirre, que anoche salió de París para Valencia, espera que en breve se celebre una conferencia internacional de los católicos demócratas, para discutir la actitud de sus iglesias con respecto a la guerra civil española.

En un número de países católicos existe el proyecto de organizar una Conferencia en la que los católicos puedan exteriorizar su creencia en la democracia y en el Gobierno constitucional de España, al tiempo que manteniendo su adhesión a la Iglesia.

«Existen miles de católicos que sostienen que pueden ser verdaderos católicos y demócratas sin prestar ayuda a los rebeldes españoles», declaró anoche una autoridad eclesiástica.
(«Daily Herald». — 5-X-37.)

EL MOVIL DE ITALIA

Ganar tiempo para ayudar a Franco

LONDRES. — Durante los últimos días han aumentado los preparativos militares de los rebeldes para emprender una nueva gran ofensiva. En particular, en el frente de Aragón, donde está concentrada la mayoría de tropas italianas que hay en España. Para dentro de pocas semanas, se esperan, en efecto, en ese frente, actividades militares en gran escala.

El plan es debilitar, por medio de continuados bombardeos aéreos, a las ciudades españolas y a los frentes, hasta tal punto que no puedan resistir la ofensiva que efectúe por tierra. La aviación rebelde será reforzada con las bases aéreas recientemente construidas en las islas Baleares.

Las posibilidades militares de esta ofensiva se consideran como muy prometedoras en Berlín y Roma. La creencia se funda en el número de tropas y armas especiales de que disponen ahora los rebeldes. De esta manera, se juzga segura la victoria final del general Franco.

Esta apreciación italoalemana de la situa-

ción ha de influir en las consultas sobre la propuesta italiana a la Nota francoinglesa. Si ambas potencias consiguen ganar tiempo —y es gran que el Comité de No Intervención trate de la cuestión de los voluntarios equivaldría a ello—, entonces el desarrollo de los acontecimientos de España se consideraría en Roma, Berlín, como definitivamente decidido a favor. En este asunto, como en el conjunto del problema español, los dos dictadores están de completo acuerdo.

Hay motivos para creer que este acuerdo ha sido confirmado una vez más por la visita de Mussolini a Alemania, aunque probablemente Hitler desearía una intervención menos visible. Teme que la intervención abierta disguste a Inglaterra, y siente con razón, que no sea tampoco popular en Alemania. Sin embargo, es probable que estos escrúpulos sean desechados en vista de las ventajas que Hitler espera obtener de una victoria del general Franco.
(«The Manchester Guardian», 6-X-937.)

La situación en Tánger

TANGER. — Primero de octubre (por avión). — Atentos a la verdad y a la imparcialidad que imponen el deber profesional y la buena fe, hemos venido exponiendo, a medida que se producían, los incidentes ocurridos en Tánger, como consecuencia de la guerra española y el estado de ánimo que han creado. Cuanto se ha escrito en estas columnas representaba la expresión de realidades incontestables, tanto es así que ningún órgano local ha iniciado la menor controversia sobre nuestras afirmaciones.

Sin embargo, las cosas continúan con igual ritmo, a pesar de algunas reacciones oficiales, y digámoslo también, algunas precauciones tomadas por la autoridad jerifiana a consecuencia de los artículos aparecidos en «La Dépêche».

Pero esto no puede modificar la situación general a causa —lo que es el colmo— del Estatuto que nos rige y que es fuerza soportar, a menos que Francia, la España oficial e Inglaterra, se decidan a denunciarlo para sustraer a sus nacionales a las garras de un Comité de control topoderoso, y, sobre todo, a una jurisdicción mixta, cuyos juicios se inspiran demasiado en el espíritu de partido.

En el Comité de Control que regula la vida pública y se ha arrogado derechos que no tiene, Francia, España e Inglaterra están en minoría contra Italia, Holanda, Portugal y, hasta hace poco, Bélgica, cuya representación rexista acaba, felizmente, de ser retirada, con lo cual tal vez se modifique la mayoría.

Después de cada acontecimiento grave, el Comité de Control se reúne para estudiar los medios de mantener el orden público y la seguridad individual. Pero nada ha hecho.

Al frente de la policía local tenemos a un hombre justo, enérgico, imparcial, que desea cumplir con su deber, sin preocuparse de las opiniones de unos y otros; pero, como su predecesor, tropieza con múltiples dificultades, que le crean los mismos que deberían facilitar su función. El procurador español ha llegado a insinuar que la policía tangerina debía ser puesta a sus órdenes.

Sólo faltaría eso para que comenzase una era de proscripciones, y persecuciones insensatas contra todos aquellos, franceses, españoles, o extranjeros, que no fuesen del bando franquista.

Así, pues, nadie puede extrañarse de que exista en Tánger un estado de agitación latente, que da lugar a desmanes sin cuento, si allí encuentran albergue individuos expulsados de otras partes, todos ellos escapados a la acción de la justicia, que, sin riesgo, pueden dedicarse a sus acostumbradas fechorías.

ellos escapados a la acción de la justicia, que, sin riesgo, pueden dedicarse a sus acostumbradas fechorías.

Sin embargo, hay una ley tangerina que ordena la expulsión de todo individuo que haya sido expulsado de las zonas vecinas; pero tanto las leyes como los reglamentos, están hechos para aplicarlos a unos y no a otros.

Estos indeseables sin escrúpulos gozan de la mayor tolerancia y sirven los designios de determinados grupos que no se atreven a operar por sí mismos, ya por no querer descender a un oficio de baja policía, de delación y de provocación, o por no desmascararse.

La turba inmoral de hombres y mujeres de toda especie, está aquí al servicio del espionaje de diversas naciones. Opera con absoluta seguridad, en pleno día, y se entrega a la acción disolvente que le está encomendada en las mismas barbas de los que están encargados de hacer respetar las leyes.

Si acaso uno de ellos cae en poder de la justicia, no hay que dudar de que sale absuelto, y, si no hay más remedio que condenarlo, sale de paso con una leveísima pena, que, ordinariamente, no cumple, pues queda en libertad bajo fianza, aunque se trate de un reincidente.

Uno de nuestros colegas locales, «L'Echo de Tánger», acaba de publicar, bajo la firma de M. Esplais, la relación de las sentencias pronunciadas por el Tribunal mixto en asuntos de carácter político.

«El relato de los hechos —dice— muestra claramente que los provocadores —siempre los mismos— están a cubierto de las leyes. Operan en una atmósfera de intimidación con la casi certidumbre de obtener en un elevado lugar una muda aprobación.»

Luego cita una serie de atentados cometidos por los franquistas. Recojo sólo los más recientes:

El 25 de marzo, cuarenta marinos italianos, hacen, una vez más, una irrupción en el local del periódico «Democracia», contra toda lógica, son los asaltados y no los asaltantes los que son inculcados por el juez de instrucción: los señores Sólvez, director del periódico, y Sobrado, empleado de teléfonos. El primero es condenado a pagar una multa; el segundo, es absuelto después de sufrir quince días de prisión preventiva.

El 31 de marzo, tres individuos rompen a pedradas los cristales de la Casa de España, cuyo presidente es condenado a pagar una multa por provocar desórdenes. La víctima paga por los agresores.

El 10 de abril, los clientes del

café Fuentes, son atacados a tiros de pistola por un grupo de nacionalistas. Tres personas fueron heridas. El Tribunal dictó esta vez dos cordanas.

El 17 de abril, un tal Ortiz Ménez, queda detenido en el puesto de policía de la carretera de Tetuán, por haber sido sorprendido cuando se dirigía a la zona española provisto de armas de guerra. El Tribunal le condena a prisión, pero queda en libertad bajo fianza.

El 29 de mayo, los señores Sanchó, jefe del personal del Telégrafo, español, y Méndez, fabricante, son raptados y corridos de noche a la zona española. La policía hace pesquisas, pero no encuentra a los culpables.

El 31 de mayo, un funcionario francés de Aduanas, M. Allègre, es asaltado por un grupo de individuos armados de matracas.

El 21 de junio, se produce un altercado de carácter político en la plaza de la Tannerie, entre dos grupos españoles de tendencias opuestas.

El 26 de agosto, a las diez de la noche, un grupo de individuos pasa en automóvil por la Avenida de España y ametralla a las personas que, en gran número, se hallaban sentadas en el café de la Unión. Hay un muerto y varios heridos. Los autores de este acto criminal consiguen huir a la zona vecina. La policía llega a identificarlos, pero la orden de detención no se cumple.

El 28 de agosto, unos soldados de la zona española penetran en nuestro territorio y se llevan, a la fuerza, a un indígena del aduar de Beni-Uadrassin.

He ahí los hechos.

Los medios administrativos, han fallado, en el curso de los últimos meses, en el capítulo de la seguridad.

Los hechos mencionados constituyen un atentado al principio mismo de la neutralidad de la zona, que nació del acuerdo diplomático.

Pero ni la administración internacional de Tánger, ni ninguno de sus órganos, cuenta con delegación alguna del sultán en materia diplomática. Al Gobierno jerifiano y a su ministro de Negocios extranjeros, el residente general de Francia en Marruecos, corresponde interpretar o discutir las obligaciones y los derechos que comporta la neutralidad permanente de la zona internacional.

Es, pues, un derecho del Gobierno jerifiano y hasta un deber en las circunstancias actuales, ante la incuria de las autoridades locales, el asegurar por medios adecuados el mantenimiento del orden en la zona de Tánger.

BORNY
(«La Dépêche», 5-X-937.)

LA COLECTA

Por ANDOR GABOR

De la revista literaria mensual alemana "Das Wort", que se publica en Moscú, traducimos lo siguiente:

migos a los fascistas. El hombre cayó en la lucha por la libertad de España—como dicen ellos.

También dice el periódico que el individuo se llamaba Federico Boesch.

—¡Ah! —dijo el Comisario, interesado ahora de veras—, el caso Boesch... Lo conozco.

Si, este Federico Boesch fué dirigente por espacio de treinta y un años de las Juventudes de este barrio. Quizá le hayan reconocido algunos de los que hayan visto su retrato, y por ello se ha hecho, creo yo, esa colecta.

—¿Bajo qué signo, señor Bolzmann?

—Bajo ninguno. Era una recaudación para comprar una corona.

—¿Han declarado los detenidos?

—Sí y no.

—¿Cómo sí y no?

—No desmienten el haber contruido a la colecta, pero ocultan los motivos; ninguno los revela. Sólo dicen que ya que mueren ahora tantos hombres nuestros en España, pues no vuelven a Alemania más que los oficiales, había que hacer una colecta para que los soldados no se pudran en una sepultura sin nombre...

—Es decir, que hacen como si la colecta fuese para los muertos, ¿no?

—Sí, señor Comisario; ésta es su táctica.

—¿No se pudo demostrar su culpabilidad? ¿Se ha intentado todo?

—preguntó el jefe, y Bolzmann sabía lo que significaba esa palabra—, ¿Y las mujeres?

—Dos se pusieron muy furiosas: la tercera, una vieja, cayó. Es la que negó que hubiese dado algo.

—¿Por qué la mandó usted detener?

—Porque me dijeron que había tenido en sus manos el retrato y que había llorado mucho.

Bolzmann dijo su nombre; el jefe cogió el teléfono y dió orden de que compareciese ante él.

—¿Tiene usted que informarme de algo más?

Bolzmann explicó las observaciones que antes no se atrevió a explicar: dijo que el ambiente en la industria no era bueno... La vida difícil... España... Los salarios...

En la puerta apareció una mujer pequeña, vieja, encogida. Detrás de ella, un militante de la S. S.

—¿Tiene usted tanto dinero de sobra que lo da para la España roja?

—No; no me sobra el dinero.

—¿No ha dado usted nada... para la corona?

—No; no he dado nada.

—Y el retrato de Federico, ¿tampoco lo ha visto usted?

—Lo he tenido en la mano.

—¿Y ha llorado usted por pura comedia?

—Yo no hago comedias.

—¿Pero ha llorado usted como una desesperada?

—Sí, he llorado.

—¿Tan a pecho lo tomó usted?

—Sí... lo sentí mucho.

—¿Conocía usted a ese bribón?

La vieja, dijo reposadamente: —Era mi hijo.

En la habitación se quedó, de repente, todo tan silencioso como si no hubiera nadie. El jefe lanzó sobre Bolzmann una mirada venenosa.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó a la vieja.

—Gertrudis Brinke?

—¿No Boesch?

—No.

—¿Por qué no dijo usted todo esto cuando se lo preguntaron?

—Porque me pegaron.

—¿Le pegaron?

—Sí, nos pegaron a todos.

—Y si la pegan a usted, ¿se niega a hablar?

—Sí.

—¿Y por qué lo dice usted ahora? ¿Está usted orgullosa de su hijo?

—Estoy muy orgullosa.

—¿Sabían los de la industria que es usted la madre de ese Federico Boesch?

—No; no lo sabía ninguno de ellos.

El jefe dijo agriamente:

—Entonces quiere usted hacerme creer que esa gente ha dado su dinero para un extraño, ¿no?

La viejecita dijo tranquila:

—Mi Federico murió allí por una buena causa, y los compañeros de aquí dieron dinero por solidaridad.

La extraña palabra salió de su marchita boca, sencilla y devotamente. El Comisario quería saber más:

—¿Estaba usted últimamente en relación con su hijo?

—Hace ya cuatro años que no.

—¿Sabe usted que ha venido varias veces a Alemania de una manera oculta.

—¿A Alemania? No, no lo sabía.

—¿Cómo sabe usted que murió en España?

—Sólo por el retrato. Llegó tan... Llegó tan de repente que..., por eso... tuve que llorar.

El jefe se levantó:

—Llévesela —dijo secamente. Y la viejecita salió de la habitación.

El Comisario se dirigió a Bolzmann y le dijo: —No es usted muy inteligente, amigo. Esta vieja es muy peligrosa. Espero que hoy me entregue una información escrita.

—Perdone, señor Comisario... quería preguntar solamente... la mujer... ¿no al podemos dejar?... —¿En libertad? ¿Como monumento viviente para los rojos madrileños? No.

Cogió el teléfono y dió unas órdenes.

Bolzmann, estaba otra vez, sin quevedos, sentado ante su jefe, y guiñaba significativamente sus ojos miopes.

Unas declaraciones interesantes de Portela Valladares

El señor Portela Valladares ha hecho a un redactor de «La Libertad», de Madrid, las siguientes declaraciones:

—¿Cómo estima usted el ambiente del extranjero?

—Favorable, francamente, a nuestra causa—respondió el señor Portela—. Ha reaccionado la opinión. Hoy ya nadie cree en esas cosas truculentas que tanto prodigaron fantasías desordenadas. El lado de allá está desacreditado para siempre después de los horrores de Almería, de Málaga, del Norte y del Sur.

—¿Ha recibido buena impresión en su viaje político a la España leal?

—No es sólo político; satisfecho de ver y saber que un pueblo así gana siempre una guerra. Fui requerido para que no acudiera al Parlamento. No me pudieron convencer. Iba a Valencia, y que la Historia juzgase luego.

—¿Cómo entiende usted el desenlace de esta horrible tragedia?

—El final lo estimo más cerca de lo que algunos creen. Potencias como Norteamérica, Francia, Inglaterra, Rusia, se convencerán de la peligrosa locura de Franco y sus satélites, «peregrinos de la indignidad»; peligrosa locura de los militares traidores, que han encontrado apoyo y locura también en cerebros imperialistas.

—¿Qué sería de Francia, especialmente, si ellos ganan la guerra?

—El suceso del «C-2» es elocuente.

—Cree que se termina pronto y bien. Es un nuevo ejército del pueblo que vence en abierta lucha a los que no supieron ver y respetar y convivir con los trabajadores españoles, con sus propios hermanos de raza y de Historia.

—¿Qué sensación le produjo en París la gesta del pueblo madrileño?

—Admirable; pero sorpresa, no. Yo conozco mejor que Franco la psicología de la población de Madrid.

Los episodios heroicos del frente de Madrid son una revolución en el arte bélico. En la guerra europea, cuando cayeron las fortificaciones de Lieja, Lille, Namur, cayeron también las ciudades. En Madrid cayeron las fortificaciones exteriores, si acaso las había, y la ciudad resistió y se salvó.

—¿Quiere usted referirnos esos datos importantes de su gesto político alrededor de las elecciones de febrero del 36, de las que no habló usted en el Congreso?

—A las cuatro de la madrugada del día 16 de febrero de 1936, el periodista José Pla, redactor de «La Veu de Catalunya», vino a visitarme en representación de Gil Robles para proponerme implantar una dictadura y ofreciéndose Gil Robles como ministro, secretario o simplemente como ordenanza, para cooperar a mis órdenes en esa dictadura. A las siete de la tarde del mismo día, el general Francisco Franco me visitó también para ofrecermme su cooperación y el apoyo en el mismo afán dictatorial.

El día 19 del mismo mes, conocido de sobra el resultado de las elecciones, Franco renovó el ofrecimiento.

El decreto de la declaración del estado de guerra, firmado por Alcalá Zamora, estuvo en mis manos. Yo contesté con mi comportamiento lógico y enérgico, mi comportamiento respetuoso con los fueros sagrados de la democracia, entregando al Frente Popular victorioso las riendas del Poder público.

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

Dr. Negrín--Dr. Clemenceau

Por Federico Pascual

En una de las entrevistas que el año 1908 celebró Clemenceau con Sir Edward Grey, a la sazón ministro de Negocios extranjeros de la Gran Bretaña, el Tigre preguntó a su interlocutor qué haría Inglaterra si Alemania invadiese Bélgica. «Eso produciría una gran emoción en mi país», contestó el jefe del Foreign Office. A lo que Clemenceau replicó vivamente, con la aspereza que le caracterizaba: «Lo que necesita Francia no es emoción, sino socorro.»

He aquí una frase que suscribiríamos los españoles: «Lo que necesita España no es emoción, sino socorro.» Pero nuestro país es demasiado orgulloso para demandar auxilio. Estrecha la mano del que le tiende la suya abierta, pero jamás implora mendicante aquello a que tiene derecho.

Nuestros delegados en Ginebra no han pedido nada para sí, ni siquiera emoción. Los españoles estamos ya hartos de despertar lástimas en el mundo. Han clamado, simplemente, justicia, han roto una lanza más en favor de la paz... para los demás pueblos, ya que el nuestro no la desea si no lleva aneja la victoria sobre los invasores de su suelo.

El Destino ha querido que fuese el doctor Negrín, médico como Clemenceau, hombre de Estado como el viejo Tigre, jefe del Gobierno de la Victoria, al igual que el gran político francés, quien, en circunstancias trágicas para su patria, presidiese una Asamblea internacional a la que, sin palabras, ha dicho: España no necesita comprar votos, ni emociones, ni socorro; sois vosotros los que necesitaréis todo eso muy pronto si no variáis el rumbo de vuestras decisiones.

Pero las democracias continúan emocionándose mucho cada vez que la aviación nazi y los torpederos italianos aplastan con su metralla a los niños y a las mujeres españolas. Se apresuran entonces a enviarnos varios kilos de algodón hidrófilo envuelto en un hermoso papel, con una bella leyenda: «Ayuda de los seletitas a los pobrecitos niños españoles.» Es una emoción tan sutil y ligera como el propio algodón en que se transfigura.

Quizá cuando los cañones «berta» sean emplazados por los alemanes en los Pirineos, y no precisamente enfilados hacia el Sur, o el día que las baterías de Ceuta, también teutonas, hostilicen un pequeño peñasco que tienen enfrente, la impresión sea más viva, pero entonces eso que se ha dado en llamar «las democracias» no nos proveerán ni siquiera de algodón; les hará mucha falta para restañar sus propias heridas.

Dicen que Francia encuentra siempre un hombre en el momento oportuno. ¿Quién será el futuro Clemenceau? Hasta ahora nadie se ha atrevido a pedir acción en lugar de emociones. Unicamente el jefe de la Delegación española, nuestro Negrín-Clemenceau, ha pronunciado enérgicas palabras a las que, desde el Olimpo, habrá dado su asenso aquel hombre que «hacia la guerra», que la vió, en 1908, certerse sobre su patria y que si volviera a levantarse de su eterno reposo creería vivir en aquella época zozobrante que precedió al asesinato de Jaurés.

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)

Falangistas y requetés protestan de la invasión extranjera

En una de las posiciones tomadas últimamente al enemigo, se ha encontrado el siguiente impreso, que ha publicado «C N T»:

«¡Españoles!

Un grito sale del fondo de nuestra alma: ¡España! Por nuestra patria pusimos en juego todo: nuestra hacienda y nuestra vida, nuestro porvenir, el de nuestros hijos. Con el pensamiento fijo en nuestra sagrada Historia, en que nuestra patria fuera grande e independiente. En que, como en los días más gloriosos de su pasado, la bandera de España recorriera orgullosos mares y continentes. Para esto nos unimos los que durante años, y hasta siglos, nos mantuvimos apartados.

El grito de ¡Arriba España!, sacó al burgués de la comodidad de su casa para luchar por la patria; al artesano, de sus ocupaciones; al sacerdote, de sus sagrados ministerios; hasta la mujer española ayudó con su aliento.

Esta fué la gran virtud de la llamada de Franco. De aquí nació el milagro de nuestro Ejército nacionalista. Franco nos habló de que íbamos a luchar por España. Pero

la realidad es que hoy pisan el suelo de nuestras capitales y las tierras de nuestros campos miles y miles de extranjeros. Alemanes e italianos, que en muchos casos ya no ocultan sus aires de conquistadores, de amos de nuestra España. Esos ejércitos extranjeros han encontrado libre el paso hacia nuestra tierra.

Han sido traídos por Franco, y eso equivale tanto como a entregar la patria a otros países.

Nuestros ideales han sido traicionados. Los que perdieron todo por la España grande han sido traicionados, porque España será de esos alemanes e italianos que Franco ha traído, a quienes ha vendido esta España nuestra que ya no podrá ser lo que nosotros soñábamos, sino lo que quieren esos dos países.

Denunciamos esto con el corazón desgarrado de dolor, pero con fuerzas para seguir gritando: ¡Viva España! ¡Mueran los que la traicionan!

Un grupo de falangistas y requetés que han combatido en las trincheras.

Tip. España.

A pesar de todas las conferencias

Ayer cruzaron el Estrecho cinco mil soldados, sin duda italianos, para reforzar las huestes de Franco

GIBRALTAR. — Ayer tarde llegaron a Algeciras, procedentes, según se cree, de Ceuta, cinco mil soldados.

No se puede asegurar la nacionalidad de los mismos. — Fabra.

GIBRALTAR. — Las tropas que desembarcaron ayer tarde en Algeciras procedentes de Ceuta, hicieron el viaje en cuatro vapores que cruzaron el Estrecho escoltados por dos cañoneros que llevaban bandera de los rebeldes.

Se adoptaron en Algeciras rigurosas medidas de precaución, con el fin de que el público no pudiera llegar al muelle para presenciar el desembarco. — Fabra.

Este "Boletín" se reparte gratuitamente

El eje Berlín-Roma y la reciente entrevista

La agencia de publicidad Goering-Goebbels, merece toda clase de felicitaciones por sus buenos éxitos de la semana pasada en Berlín. Las maniobras militares, la exposición de los recursos de Krupp, los cien mil actores disciplinados de la retreta a la luz de las antorchas en el Campo de Mayo, y las cien rubias sacadas de los estudios cinematográficos para simbolizar el «sex appeal» nórdico, todo ha sido hábilmente explotado para grabar en la mente del duce una fuerte impresión del poderío de Alemania y demostrar que el Reich estaba encantado de honrar a su huésped. Todo lo que la propaganda puede hacer, lo hizo. Si los pueblos de Italia y Alemania no están convencidos de que sus intereses están unidos a la *solidaridad del eje Roma-Berlín*, no será por culpa de los empresarios responsables de la exhibición espectacular de esta amistad.

En cuanto a las consecuencias de la reunión, han tenido, hasta ahora, poca importancia.

Antes de su visita a Berlín, el señor Mussolini dió muestras de

estar buscando la postura más conveniente. Su cambio de actitud respecto al acuerdo de la Conferencia de Nyon, y sus insinuaciones de que podría llegar a un arreglo en cuanto a la retirada de «voluntarios» de España, harían pensar a Hitler que Italia quería buscar una ayuda. Hasta qué punto ha respondido adecuadamente Alemania esta maniobra, no se sabe. Hitler puede haber dicho que el alto mando de la Reichswehr no está dispuesto a respaldar los recibos políticos de Italia, y que la aguda necesidad que Alemania tiene de primeras materias, su difícil posición económica y su nivel de vida, cada vez más bajo, son fuertes argumentos contra su participación en costosas aventuras mediterráneas. Puede ser igualmente que el deseo de conservar el eje Roma-Berlín haya inducido al *führer* a prometer clara a Francia diplomáticamente en el Rhin mientras Italia prosigue su buena obra de civilizar a España a fuerza de bombas y bayoneta.

Es inútil hacer conjeturas sobre decisiones inmediatas. Lo que es menos dudoso es que dista mucho de ser segura la estabilidad del famoso eje. Las ambiciones de los dos dictadores son apenas compatibles. Mussolini sueña con un imperio mediterráneo, que comprenda a España, al Norte de África, y al Oriente, con Yugoslavia, Grecia y Turquía como satélites de la constelación italiana.

Hitler, a pesar de todo el uso que ha hecho para la propaganda de la necesidad que Alemania tiene de colonias, acaricia, en realidad, la idea de un bloque pangermánico que absorba a Checoslovaquia, Austria, Hungría y parte de Polonia, y dominar desde esta base del Balkanes.

Estas ambiciones rivales chocan en el paso de Brenner, sobre el Danubio, y en el Cercano Oriente. A pesar de las declaraciones sobre la comunidad de ideales, Mussolini desea ver una ocupación nazi de Austria, que bordee el semitalianizado Tirol meridional, y mucho menos la emergencia de una Alemania tan suprema en la Europa Central que Italia se convirtiera en un socio de muy poca importancia en la firma nazi-fascista.

Por otra parte, Alemania, aunque tiene interés en conseguir el control de las minas de España y de la zona española de Marruecos, no ve con especial simpatía los sueños de Italia de un Mediterráneo convertido en un *Mare nostrum* *clausum*. Este chocar de sables en Roma, puede ser indirectamente para fortalecer la manifiesta tendencia de los países de la Pequeña Entente a formar un bloque danubiano, absolutamente independiente, incluyendo en él a Hungría. Sobre todo, no desea, en manera alguna, en estas circunstancias, respaldar incondicionalmente las aventuras italianas en el Mediterráneo Occidental, a costa de entrenarse con Francia y perder toda oportunidad del favor de la Gran Bretaña. En resumen, ni el duce, ni el *führer* desea entregarse en cuerpo y alma a la tarea de apoyar a su aliado, por temor a las reacciones que pueda provocar su política en otras potencias.

Y en esto estriba la debilidad esencial del eje, una debilidad que debería animar a las potencias democráticas occidentales, que actúan de acuerdo con la U. R. S. S., a proclamar sus deseos e intenciones tan vigorosamente como lo han hecho los dos dictadores en Berlín.

Si el deseo de «paz verdadera y fructífera» expuesto de manera espectacular en Berlín, es verdadero, será fácil demostrar su sinceridad. La no intervención puede ser mañana una realidad si se retiran de la Península las fuerzas expedicionarias italianas.

(«The New Statesman and Nation», 2-X-937.)

(«Daily Herald». — 5-X-37.)

Me alegré salir de Alemania

Por S. E. R. Wynne

El mayor susto que pasé en Alemania me lo produjo una mujer bajita, delgada y de aspecto tímido que, en plena calle se dedicó a dirigir censuras contra los nazis y sus obras, por espacio de quince minutos, que fué el tiempo que invertimos en recorrer la Prinz Regentenstrasse, de Munich.

La acerba crítica de la mujer, tan claramente manifestada, me hizo perder la noción de donde me hallaba, y hube de hacer un esfuerzo para darme cuenta de que estábamos en Munich, patria del nacionalsocialismo, que ardía en fiestas con motivo de la entrevista de los dos dictadores. Al volver a la realidad y advertir que las tropas, la policía y los espías se encontraban por todas partes, me alarmé. No acertaba a comprender cómo me hablaba esta mujer con tanta libertad, a mí, que era un extraño.

«¡Ah! —dijo— Quizás en Berlín la gente haga lo que se le dice. En Munich decimos lo que pensamos. Y cuando vemos este despilfarro de tiempo y de dinero...»

Tardé en creerlo. Pero como estuve doce horas en Munich sin oír a nadie que no vistiera uniforme gritar: «Heil Hitler». Empecé a pensar que la mujer sabía algo.

Munich, más que cualquier otro lugar, debía haber estado encantada de la visita de Mussolini. La acogida triunfal que se le había preparado, habría debido excitar el entusiasmo de las masas, y la declaración de fiesta nacional (pagada) hubiese debido aumentar el buen éxito de los preparativos.

La muchedumbre acudió. Pero no hubo el entusiasmo que yo esperaba. Si Munich estaba tan ilusionado por la visita del duce como decía la prensa nazi, disimuló muy bien sus emociones ante los visitantes extranjeros.

Cuando salí de Munich para Berlín tuve un segundo susto. En la estación pregunté a un mozo por qué se tardaba tanto en salir. Se volvió y señaló a los grupos de «guardias negros» que se apiñaban en la plataforma.

«Antes de salir —dijo— tenemos que enganchar seis vagones de «guardias negros». Seis vagones de lacayos.»

En Berlín, los «guardias negros» ya no eran populares. El ómnibus que me llevaba luchaba por abrirse paso en la *Unter den Linden*, que estaba tomada militarmente por estos hombres que forman las tropas de choque del partido nazi, tres horas antes de la fijada para el paso de Mussolini.

El cobrador hablaba con el conductor del ómnibus que venía detrás.

«¿Ves cómo nos temen? —dijo— ¿y cuánto nos cuestan?

Si el 97 y medio por 100 del pueblo alemán apoya a los nazis, es extraño que cuando pasa el *führer* un «guardia negro» de cada tres de los que cobren la carrera tenga que volverse de cara a la multitud.

No os imaginéis que porque oí repetidamente estos comentarios y críticas, los alemanes pueden decir lo que quieren.

El desgraciado que habla inoportunamente, aún ve el interior de un campo de concentración, si bien no queda allí mucho tiempo, pues los campos están llenos y no hay dinero para construir otros.

Había un camarero en un hotel de la Wilhelmstrasse, que, un día, se aventuró a decir que ni el mismo Hitler era perfecto; la mañana siguiente, desapareció misteriosamente.

Como había servido bien en el hotel, el director utilizó su influencia con los nazis locales y otro día el camarero reapareció tan misteriosamente como había desaparecido.

Esto ocurrió hace nueve meses; y desde entonces recorre la calles de Berlín en busca de trabajo.

Los nazis han sabido hacer lo necesario para que este camarero no encuentre trabajo, por mucho que lo busque; así como obligaron a otro hombre con quien hablé, a que aceptase un empleo que no quería.

Este hombre trabajó como ingeniero hasta que fué despedido durante la crisis económica.

Como era emprendedor empleó sus ahorros en un negocio propio.

A fuerza de trabajo logró que su empresa prosperase lo bas-

tante para proporcionarle un ingreso modesto y convertirlo en ciudadano útil.

Peró cuando los nazis tomaron el poder decidieron otra cosa. Dijéronle que tenía que ser ingeniero y lo mandaron a un taller. Había estropeado maquinaria por valor de varios cientos de libras cuando los nacionalsocialistas comprendieron que no era tan buen ingeniero, después de todo...

Incluso para los mismos nazis, Alemania tiene hoy poco de agradable. Los agentes policíacos están en todas partes y espían, no sólo a los ex comunistas y antiguos miembros del S. D. P., sino a los que ostentan la insignia nazi. Los «guardias negros», vigilan a los «camisas pardas», la policía secreta a la policía política.

No se sabe quien es amigo. Ahora que ha pasado la primera oleada de entusiasmo que señaló el triunfo nazi, el pueblo se cansa de la excesiva teatralidad que se le ofrece y se preocupa más de la calidad del pan.

El pan (gris o negro, según el lugar y el precio) da lugar a protestas, que van en aumento. Lo espectacular del régimen causa cada vez menos entusiasmo.

La prueba de esto la hallé en un café de la famosa Tiergarten después de ver a Mussolini y Hitler cruzar rápidamente para pasar revista a los «gansos» del ejército, de la marina y del aire.

Me bastó con verlos una vez, pero grandes muchedumbres cubrían aún el recorrido esperando su regreso. Cuando los dictadores hubieron pasado de nuevo, hombres y mujeres cruzaron la calle en tropel en dirección a sus casas, muchos de ellos llevando la diminuta cruz gamada y la bandera italiana, quedaban en las calles para favorecer el «recibimiento espontáneo».

Cuando se marchaba, entró una mujer sofocada y se sentó junto a un hombre que ya estaba allí cuando yo entré, dedicado a su cerveza y procurando ignorar la procesión.

«¡Bien, —dijo ella— no he visto nada y mira lo que he sacado por querer ver a Mussolini!» Al decir esto mostró un par de guantes, rotos y sucios, que revelaba el esfuerzo hecho por su duena para mantenerse agarrada a un farol.

El hombre rió, no sin agrado. «Cuánto mejor lo hubieras pasado si te hubieses quedado aquí, conmigo».

«No me cogerán otro día» —contestó la mujer. Un nazi más, desilusionada.

En realidad la desilusión aumenta. En las manifestaciones los aplausos que se oyen son, con frecuencia, ovaciones preparadas, sin espontaneidad, tributadas por una «claque». En las tiendas se protesta contra el alza de los precios y la mala calidad de las mercancías, que hay que pagar tan caras.

Se ha ordenado a los hoteles que sirvan menos pan y más patatas. El pan, cuando lo hay, está fabricado con sustitutivos. Se ha restringido el consumo de la manteca, de la margarina y del tocino.

Los conejos son tan raros que incluso los prestímanos no se atreven a sacarlos de sus sombreros por miedo a que el público se amotine. La sociedad de la carne de caballo se dedica a popularizar el consumo de esta carne.

Los nazis no han logrado ahogar la crítica. Ahora quieren militarizar la comida, lo cual supone correr el riesgo de una revuelta. Un pueblo se somete a todo menos a morirse de hambre.

Me alegré mucho de salir de Alemania.

Es desconcertante ser vigilado, hasta en los bares, por espías que se sientan en la mesa próxima. Es desagradable que escuchen las conversaciones telefónicas (aunque no creo que ahora recojan las conversaciones en discos de gramófono, como antes era costumbre).

Pero es mucho más enojoso estar obligado a comer alimentos malos.

El único consuelo está en que cuanto más mala sea la comida peor para Hitler.